



Año I

Núm. 13



SUMARIO

De caza, por *Ese*.—Un cazador atropellado.—Un folleto.—Crónicas de caza, por *Erre*.—*Uno de la partida y un cazador novel*.—Nuestros concursos de tiro.—Junto a la hoguera: Un cuento de ánimas, por *Guillermo J. Athy*.—La higiene y el perro, por *J. Morales de Peralta*.—A impulsos de la afición ó un duelo á la americana, por *M. Morales*.—Noticias.—Cazadores.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.—Foot-ball.

(No se devuelven los originales.)

DE CAZA

Economías mal entendidas.—Aprovechamiento de los cartuchos usados para recargarlos.—Trabajos de esta operación.—Ahorro que supone.—Graves inconvenientes que ofrece.—Dónde deben hacerse las verdaderas economías.

La caza, que sólo fué productiva para el cazador cuando el hombre primitivo tuvo que valerse de ella como medio de satisfacer sus necesidades, pasadas aquellas edades, se convirtió en divertimento higiénico, pues á los que la tomaron por oficio no les produjo nunca para poder vivir ni siquiera medianamente.

En tiempos antiguos, porque la abundancia y la falta de comunicaciones reducían á lo más mínimo el precio de las piezas de caza, y más tarde, en los modernos tiempos, por haber escaseado de tal modo que difícilmente puede un individuo obtener de su ejercicio ganancia suficiente para cubrir sus más precisas necesidades.

Así vemos el estado misérrimo en que han vivido y viven los llamados cazadores de oficio.

Sentado que no es posible hacer de la caza una profesión, porque por tal debe considerarse aquella que produce al que la adopta y ejerce los medios de subsistencia necesarios para él y su familia, es evidente que la caza

debe considerarse como una diversión de lujo y además superflua, por muchas que sean sus ventajas higiénicas, fáciles de suplir por excursiones al campo, sin escopeta ni pertrechos de caza.

Estas ligeras indicaciones se encaminan en primer término á procurar que nadie tome por oficio el de cazador, puesto que no puede serlo, honradamente ejercido, y en segundo lugar para demostrar que en cosas de lujo no son explicables ciertas economías que resultan la célebre supresión del chocolate del loro.

Hay aficionados que gastan en sus pertrechos miles de pesetas, van provistos de escopetas de gran precio, trajes excelentes; costean acciones de montes de gran valor y se rodean de todo género de comodidades, y, sin embargo, quieren aparecer económicos y se jactan del ahorro que obtienen recargando los cartuchos usados, sin tener en cuenta que no merece tal consideración de ahorro ni por el que produce al fin de la temporada, ni por los trabajos, aparatos y cuidados que exige aquella operación, ni mucho menos por los peligros que ofrece.

Examinaremos la cuestión desde estos puntos de vista, procurando ilustrarla con razones y cifras en aquellos que lo exijan.

Vamos á tomar como base para nuestros cálculos un gasto de 1.000 cartuchos por individuo y temporada, con el precio de los cartuchos Eley gris.

Debemos advertir, ante todo, que nos referimos al aprovechamiento del cartucho vacío para recargarlo, no á la carga del mismo por el interesado, de cuyo aspecto hablaremos en otro escrito.

Pues bien, el cartucho Eley gris, central, calibre 12, vale á 6,40 pesetas el 100; los 1.000 64 pesetas.

Partamos también de las bases de que ni todas las escopetas están igualmente calibradas, ni todos los cartuchos tirados son susceptibles de utilizarse para el recargo, ni todas las escopetas arrojan el cartucho en condiciones de aprovechamiento.

Desechemos, pues, para nuestros cálculos el de utilizar el cartucho tirado en nuestra propia escopeta, aunque es muy poca la diferencia con el valor de los que compramos tirados, por lo general en el tiro de pichón y, por tanto, que á unos y otros son aplicables nuestras observaciones.

Los cartuchos tirados en el tiro de pichón con excelentes escopetas y, por consiguiente, que quedan en buenas condiciones, se venden á una peseta el ciento.

Ya hemos dicho que todas las escopetas no están igualmente calibradas y añadiremos que todos los cartuchos tirados, por efecto de la explosión y del calor que se desarrolla, se dilatan. Así ocurre que no sirven ni aun para la misma escopeta que los disparó.

Hay, pues, que someterlos á la operación del recalibrado, primera de todas.

Para ella necesitamos un calibrador construido con singular perfección, pues de lo contrario, y de todas maneras, no sirve para nada.

Este aparato, para que sea bueno, cuesta 50 pesetas.

Con él empezamos á calibrar cartucho por cartucho y entre los que no admiten el calibrado y los que se arrugaron al hacerlo hay que desechar un 25 por 100, es decir, de 100 cartuchos, salen bien, *al parecer*, de la operación 75.

Tiempo y trabajo invertido en ella, incalculable porque depende de la maña que cada cual se dé para practicarla, que por mucha que sea siempre hace sudar, amén de los pellizcos y otros accidentes que produce.

Con todas estas dificultades, vencidas á fuerza de paciencia, pasamos á otra operación no menos penosa, la de quitar el pistón usado y ponerle el nuevo.

Un buen aparato de repistonar cuesta 12 pesetas.

Este trabajo es asimismo entretenido y penoso.

En él también se pierde otra cantidad de cartuchos, unos porque aparecen con la bombilla rota, otros porque se perdió la espoleta y otros porque el pistón viejo no sale ó no encaja bien el nuevo, quedando holgado y á punto de perderse.

Á estas dificultades de la segunda operación hay que añadir las de que en algunos cartuchos olvidamos poner la espoleta, en otros la colocamos al revés y en otros no sentó bien el pistón, y todos los de estos casos fallan cuando vamos á dispararlos. Y ocurre siempre que tengamos mayor interés en que salga el tiro.

Viene después de aquella segunda operación la de cargar los cartuchos, que tampoco es sencilla, y, por último, la del rebordeo. Para ella hemos de contar con el aparato consiguiente, que vale 50 pesetas.

En esta última operación, tan penosa como las anteriormente descritas, invertimos asimismo largo tiempo y gran dosis de paciencia.

Como los cartuchos sufrieron ya un primer reborde, la parte que ocupó, perdió su dureza primitiva, está estropajosa y no rebordea bien, quedando flojo el nuevo rebordeo, no ofreciendo por tanto la debida resistencia y sujeción á la carga, condiciones que son de absoluta necesidad y sobre todo para las pólvoras sin humo.

Después de tantos sudores y fatigas para vencer todas las dificultades que se han indicado, con la reducción por lo menos de un 40 por 100 de los cartuchos que se adquirieron para recargar, llevamos el resto á nuestras cacerías, tan satisfechos por habernos procurado á tanta costa un insignificante ahorro.

Y viene la parte más negra: varios cartuchos que dieron falta en momentos culminantes, cuya contrariedad con nada se compensa; otros que no entran en la escopeta, á pesar del recalibrado, porque, aun con éste y después de él, como el cartón perdió su tersura y dureza primitivas, está siempre dispuesto á dilatarse y lo hace con gran facilidad durante las operaciones de la carga y rebordeo, y á veces tan sólo por la humedad de la atmósfera que el cartón absorbe.

He presenciado casos en que por querer cerrar la escopeta con algún cartucho recargado y que no entraba con facilidad se arrancaron los enganches del arma; otros en que se inutilizó el extractor; otros en que se quedó á medio cerrar y no pudo en el momento ni cerrarse ni abrirse la escopeta, teniendo

el cazador que renunciar aquel día á su diversión, y otros, por último, y éstos son los más graves, en que por no haber quedado el pistón bien sentado, rebasando el plano del culote del cartucho, al cerrar la escopeta ha explotado y salido por detrás el tiro, destruyendo la mano del cazador.

Cualquiera de estos peligros es ya bastante para que huyamos del recargado de los cartuchos, y para mayor abundancia resumiremos en cifras el ahorro pecuniario que supone.

Capital empleado en aparatos para el recargo:

	Pesetas.
Un calibrador.....	50
» repistonador.....	12
» rebordeador.....	50
TOTAL.....	112
6 por 100 de renta de este capital.....	6,72
Valor de un ciento de cartuchos usados teniendo en cuenta la pérdida de 40 por 100.....	1,40
Idem íd. de pistones.....	1
TOTAL.....	2,40
Mil cartuchos, 24 pesetas; más 6,72 de la renta del capital.....	30,72
Valor de un millar de cartuchos nuevos.....	64
Ahorro anual.....	34

En los mil cartuchos asciende, por tanto, la economía á 34 pesetas, que es la obtenida por el individuo en toda la temporada.

Los trabajos, dificultades, y sobre todo los peligros, muchos de ellos graves, que hemos señalado por observaciones directas, nos afirman más y más en la idea de condenar el procedimiento de recargo de los cartuchos y de recomendar á los aficionados que no lo empleen por economías mal entendidas.

Las verdaderas economías pueden y deben hacerse en otros muchos gastos de nuestra afición, pero no en el cartucho, que es parte muy principal de ella.

Cabe moderarse en otros muchos gastos; por ejemplo en las gratificaciones espléndidas que algunos acostumbran á dar por cualquier servicio insignificante, llevados tan sólo del deseo de recibir adulaciones que les hinchán, sentando precedentes que sirven de comparación y de críticas para los compañeros que no hicieron iguales alardes de riqueza en casos no justificados.

Este y otros defectos han hecho que la gente mire al cazador como á un potentado y le exija por todo precios fabulosos.

Procuraremos en sucesivos escritos señalar

defectos de la índole de los apuntados, por si podemos contribuir á su enmienda en bien de todos.

ESE

Un cazador atropellado

Nuestro consocio el entusiasta aficionado á la caza y distinguido médico de Alovera (Guadalajara), D. José Torrecilla, ha sido objeto de un brutal atropello por parte de un guarda de campo de una finca de aquel término.

Hallábase nuestro amigo cazando por los campos próximos á dicha finca, cuando fué acometido por el expresado guarda, que armado de una escopeta, le amenazó y trató de agredirle, viéndose obligado el Sr. Torrecilla á luchar á brazo partido para defenderse de aquella fiera, sufriendo en la refriega varias contusiones, por fortuna no graves.

Las personas que acompañaban al Sr. Torrecilla en su expedición de caza y otras que se hallaban próximas al lugar del suceso acudieron presurosas, pudiendo evitar que tuviese mayores y más fatales consecuencias.

El Sr. Torrecilla ha presentado una denuncia al Juzgado por el atropello de que ha sido víctima y que lamentamos de todo corazón.

La *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España* defenderá á su asociado y procurará que se haga justicia y no quede impune el atropello relatado y del cual nos ocuparemos nuevamente cuando recibamos más extensos informes.

UN FOLLETO

La *Asociación General de Cazadores y Pescadores de España* ha publicado una edición autorizada de Real orden por el Ministerio de Fomento, que contiene la Ley, el reciente Reglamento y todas las disposiciones vigentes sobre PESCA FLUVIAL, en un volumen de bolsillo que se expende en el domicilio social, Bolsa, 10, segundo, al precio de 50 céntimos de peseta cada ejemplar.

Los suscritores de CAZA Y PESCA y nuestros asociados que se hallen al corriente del pago de suscripción ó cuota social podrán adquirir dicho folleto con un 50 por 100 de rebaja, ó sea á 25 céntimos de peseta.



CRÓNICAS DE CAZA

Las alondras.—Su primera aparición en enormes barreños de pájaros fritos.—Enseñanzas que ofrece á los aficionados á la escopeta la caza de la alondra en mano y con espejuelo y mochuelo.—Lugares para cazarlas.—Modo de hacerlo.—Dificultad para encontrar las muertas ó heridas.—Atractivo y economía de estas expediciones.

Ya han hecho su aparición en los escaparates de figones y tabernas, y en los de algún restaurant que debe á ello parte de su nombre y fama, los enormes barreños de pájaros fritos, colocados en colosal pirámide, cuya cúspide ocupa generalmente el de mayor tamaño, luciendo en su tostada cabeza una gorrita de papel, á manera de general de aquellos ejércitos desartén que se ofrecen á la voracidad pública.

Son todos ó casi todos alondras, y es indudable el inmenso número de las que se consumen de aquel modo condimentadas.

Y preciso es confesar que es un manjar exquisito; pero el buen aficionado á la caza con escopeta, por cuyo medio jamás se llega á descastar ninguna clase de animales, ni siquiera á que se haga notable su disminución, y sobre todo el amante de la agricultura, no pueden menos de lamentar que la codicia mercantil clave sus garras en las aveciñas en que me ocupo y fomento su exterminio, por la ganancia que reportan y que hace que, pagándose á buen precio á los que las proporcionan al mercado, se empleen toda clase de procedimientos para cogerlas.

Y apartándome de este camino, por no ser el propio de mis escritos, no sin consignar la más enérgica protesta por aquel abuso, cuya corrección brindo á las autoridades, esperando que pongan de su parte mayor celo y diligencia que la empleada hasta aquí en la persecución de los dañadores, continúo con el recuerdo de mis mejores ratos de cazador, disfrutados en la caza de la alondra.

Quizá alguno se ría y diga: ¿qué dificultades ofrecerá la caza de un pajarito para que sean dignas de memoria? Y yo le contestaré: muchas, y sobre todo la circunstancia de haber sido mi escuela de tiro durante varios años antes de lanzarme á piezas mayores, y la que debiera ser para todos los principiantes, en lugar de empezar por el fin, sin que esto quiera decir que aun á los ya maestros no ofrezca atractivo y lecciones la caza de la alondra.

Claro es que hablo de la caza de la alondra en mano, y aun con espejuelo, en muchos casos.

En mano, al salto, es tiro muy difícil, por la pequeñez del ave y por la rapidez y zigzag de su vuelo, y en ella es donde se aprende á apuntar y á correr la mano, calculando la velocidad de la pieza, y se adquiere calma y ejecución. Enseña á tirar al vuelo como ninguna otra ave.

Dije que aun con el espejuelo ofrecen dificultades en muchos casos y no me arrepiento, ni creo que lo negarán los que así las hayan cazado.

Hay pájaros que pasan como flechas por encima ó al lado del aparato, y éstos son á los que aludo y no á los que se quedan *haciendo el ángel*, como se les suele llamar á los que con las alas abiertas y completamente parados en el aire contemplan el engaño, dando tiempo á que se les apunte como á un blanco fijo.

De todos modos, es muy divertida la caza

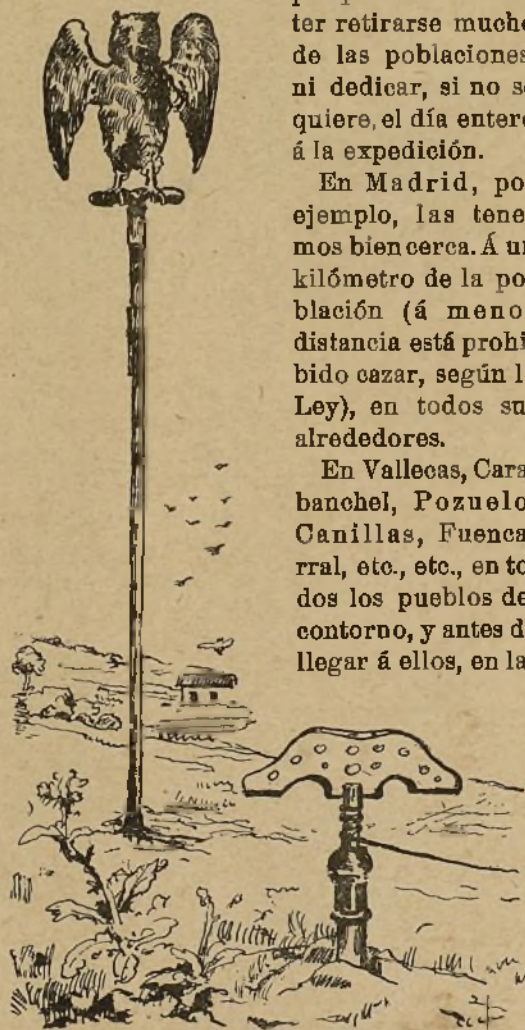
de la alondra, no para los aficionados á la carne, pues por muchas que se maten nunca llegarán á satisfacer sus apetitos, sino para los que cifran su entusiasmo en observar y vencer las dificultades de los tiros.

La mayoría de los aficionados conoce esta clase de caza; pero como hay muchos nuevos que quizá no la hayan practicado, para ellos principalmente escribo estas líneas, animándolos á ejercerla.

Ofrece, por otra parte, en todos los lugares en que haya alondras, grandes facilidades, porque no es menester retirarse mucho de las poblaciones, ni dedicar, si no se quiere, el día entero á la expedición.

En Madrid, por ejemplo, las tenemos bien cerca. Á un kilómetro de la población (á menos distancia está prohibido cazar, según la Ley), en todos sus alrededores.

En Vallecas, Carabanchel, Pozuelo, Canillas, Fuenca-rral, etc., etc., en todos los pueblos del contorno, y antes de llegar á ellos, en las



tierras de labor hay grandes bandos de alondras, desde esta época, en que empiezan á hacer su entrada, hasta el 31 de Enero, en que se establece la veda.

Para el espejuelo ha de escogerse un día de sol brillante; se coloca en una tierra que esté recién sembrada ó arada, procurando tomar un alto para que sea visto desde lejos por los pájaros.

Las primeras horas de la mañana son las mejores, porque durante ellas la alondra se

mueve de una parte á otra y ve y acude al engaño.

Pasadas estas primeras horas, el animal se aquieta y permanece en los sitios que elige para procurarse su alimento, y es inútil esperarlas.

En tal situación hay que buscarlas para que se levanten y vuelen.

Donde se haya levantado un bando debe colocarse el espejuelo y esperar un rato, porque la alondra vuelve al sitio de que salió, porque es el que prefirió para su comida. En cuanto se les dispara un par de veces, huyen y no aparecen más por aquel lugar.

No hay que decir que la mejor munición para cazarlas es la niebla ó mostacilla, porque es la que corresponde al tamaño del animal.

Hay que tener gran cuidado con las que se derriban, pues difícilmente se cobran. Como son del color de la tierra, no se ven y se pierden. Y ésta es otra enseñanza que proporciona la de calcular el sitio donde cayeron, para aplicar esta práctica á otras aves, cuando el perro se despista ó para ponerlo en rastro.

Á la caza de la alondra no se lleva perro porque nada bueno aprende; por el contrario, adquiere defectos como es el de cazar de vista, difíciles de corregir. El cazador y la persona ó personas que le acompañen han de suplir los oficios del can para cobrar las alondras que se maten. Y esta operación, como dice el vulgo, *se las trae*, por lo ya indicado de la semejanza de color con el de la tierra. Para vencer en parte la dificultad, es conveniente que uno se fije en el sitio y quede quieto mirando á él para indicárselo á otro compañero que vaya á recoger la alondra.

Así y todo, las que caen completamente muertas y aun las heridas que no se muevan y estén con la pechuga al suelo son muy difíciles de encontrar.

El mojuelo surte también su efecto para atraer á las alondras y que revoloteen á su alrededor.

Tanto el espejuelo como el mojuelo se ayudan con el pito, sabiéndolo trinar bien, pues de otro modo las ahuyenta.

En días de calma y sol claro, con un par de buenos amigos por compañeros, surtida merienda y alegre carácter, resulta deliciosa una expedición de alondras.

Muchas de ellas me han proporcionado ratos felices que nunca olvidaré.

Por eso animo á los compañeros, seguro de que encontrarán distracción tranquila, barata é higiénica.

ERRE



LLEGADA AL CAZADERO

La Sociedad «El Cartucho».
Una cacería.

La simpática Sociedad de cazadores de Segovia, titulada «El Cartucho», de la que forman parte jóvenes y entusiastas cazadores, realizó su primera excursión cinegética á un vedado de la provincia.

Á las tres de la mañana salieron los expedicionarios de Segovia en coche y llegaron al cazadero á las siete y media de la mañana, y actuando de inteligentes cocineros prepararon en el campo el desayuno.

Una hora después comenzaron los ojeos con escasez de ojeadores, pues en aquel pueblo existe la mala costumbre de no darles más retribución que la comida y comen con verdadera voracidad.

En ese momento se congrega allí el pueblo entero y consumen tal cantidad de corderos que diezman los rebaños; pero terminado el festín, comienza la desbandada general y puede decirse que los cazadores se quedan solos.

Esto ocurrió en la cacería á que nos referimos. Sin embargo, en unas cuantas horas, pues á las cinco de la tarde regresaron á Segovia los expedicionarios, se cobraron 104 liebres y 18 perdices.

Formaron parte de aquella alegre y simpática *falange* de aficionados: D. Eduardo Saavedra, D. Federico Manrese, D. Antonio Barbería, D. José Sánchez Gutiérrez, D. Antonio Caruncho, D. Fernando Pintó, D. José de la Pezuela, D. Guillermo Durán, D. José Lloréns y don Tomás Vázquez. En otro número daremos cuenta de su expedición á Matallana, que será digna de relatarse; pero no queremos



DESPUÉS DE UN OJO

pasar en silencio la improvisación de uno de los expedicionarios, el Sr. Saavedra, que demuestra sus grandes aficiones al arte cinegético:

MI ILUSIÓN

¡Qué sublime es la vida en el monte,
trepar por sus peñas
y escalar las agrestes montañas
detrás de una pieza!

Mirar cómo el perro, nervioso,
se agita y se enerva
y en postura elegante y tranquila
se queda de mnestra,
esperando que el dueño, impaciente,
dé la voz de ¡Entra!
y que al soplo mortal y certero
que da la escopeta
se revuelva en angustias de muerte
la inocente pieza,
y mirar cómo el perro la busca,
la cobra y la entrega.
De este modo, desprecio del mundo
sus alegres fiestas,
cortesanas costumbres que al cuerpo
y al alma envenenan,
y hasta olvido caricias y amores
de mujeres bellas,
porque todo en el mundo es mentira,
ilusión, quimera;
porque sólo respiro en el campo
la verdad suprema,
donde sólo prodiga sus dones
la Naturaleza.
¡Yo quisiera gozar de esa vida!
¡Qué vida más bella!

UNO DE LA PARTIDA.

★

Media cacería. — ¡Agua va! — Hasta otra,
y que sea pronto.

El que estas líneas escribe tiene la suerte de pertenecer á una Sociedad formada por nueve amigos á quienes la afición cinegética llevó á recabar y conseguir lo que puede asegurarse que constituye el ideal de todo cazador. Un monte bonito, con caza abundante; una casa cómoda, donde *todo es de todos*, pues cuanto en ella existe se ha ido adquiriendo por acciones, y la seguridad de que en toda excursión ha de tener por compañeros á personas bien educadas, corteses y caballerosas, que, como ustedes comprenderán, no es floja ventaja, pues hay por esos vedados de Dios cada socio...

Decididos á inaugurar la veda este año un poco más tarde que en los anteriores, con el fin de que amainasen los calores de Septiembre, y para dar lugar á que algunos de los compañeros regresaran de sus excursiones veraniegas, fijamos por fin la codiciada fecha en el 6 de Octubre.

Huelga decir que el entusiasmo por abrir la veda en La Común, que así se llama nuestro monte, era extraordinario, inmenso.

Sabíamos, por noticias de buen origen, que abundaban las perdices y que los conejos, aunque en menor número que otros años, por haberse perdido la cria de Abril, existían en respetable proporción. ¿Qué más podíamos desear? Que nos favoreciera el tiempo, únicamente.

El Presidente *corrió* las órdenes oportunas; quiere decirse que avisó á los cazadores, poniendo en su conocimiento el día y la hora de la marcha, y á las 7,30 de la noche del 6 del corriente nos encontramos todos en la estación del Mediodía.

Digo todos, y no digo bien, porque de los nueve que formamos la Sociedad, tres se incorporan á la Sociedad en Guadalajara, los Sres. Pastor (D. Mariano), Freixinet (D. Julián) y Mónico (D. Rafael), y otros dos, Domingo Hernández y Manolito Goñi, se han ausentado de España para desempeñar honoríficos cargos en la República de Santo Domingo, donde se proponen crear la Escuela de Ingenieros Agrónomos y de Minas, que dirigirán nuestros dos queridos amigos por acuerdo del Gobierno de dicho país.

La falta de ambos compañeros, uno de los cuales, Domingo Hernández, ha sido Presidente de la Sociedad y quizás el más entusiasta de los socios, hízonos recordarlos con tanta insistencia como cariño, pues conocida su afición, constábanos que desde las lejanas tierras donde se hallan nos acompañaban con el pensamiento.

Desde estas páginas y en nombre de los que aquí hemos quedado, yo me complazco en enviarles un cariñoso saludo, deseándoles toda la suerte que por su inteligencia y su laboriosidad merecen.

Y hago gracia al lector de otros detalles de la excursión por no apartarme del relato más de lo que esta pequeña digresión, que la amistad me ha impuesto, ha hecho que me aparte.

Llegamos á Guadalajara á las nueve, y después de cenar y cambiar impresiones con los cazadores que allí nos esperaban, nos acostamos porque habíamos de emprender la marcha al monte á las tres de la madrugada.

Y en efecto, á esta hora entraba el sereno en nuestra habitación de la fonda y nos invitaba cortésmente á levantarnos del lecho poniéndonos el farol y el chuzo encima de la cara.

¡Quién se resiste con tal despertador!

Á continuación los preparativos rápidamente: el coche aguarda en la puerta; los mozos bajan á la calle nuestras maletas, las man-

tas, las cajas de las escopetas, los sacos con las municiones... Todo queda colocado junto á un enorme cesto de víveres y á los talegos que contienen las verduras y las frutas...

Los cazadores, envueltos en amplios y recios abrigos, nos hemos ido acomodando en el interior del carruaje, pues la temperatura, sin ser muy baja, no convida á hacerle compañía al mayoral.

¡Andando! ¡Ya vamos camino del vedado! ¡Tres horas de viaje y estaremos cazando!

.....

Se ha realizado sin novedad alguna la excursión.

En la casa del vedado esperaban los ojeadores, pero han estado ociosos poco tiempo, pues tomado el desayuno y desenfundadas las escopetas, nos hemos lanzado al primer ojeo.

Perdices hay muchas; son más codiciadas que los conejos; vamos, pues, á dedicarlas el día.

Y, en efecto, dimos seis ojeos por la mañana y cuatro por la tarde, tomando parte en la cacería los Sres. Cordero (D. Darío), Ponte (D. Ricardo), Montesoro (D. Eduardo), Pastor, Freixinet, Mónico y un servidor de ustedes.

En el primer ojeo cobráronse 32 perdices, en el segundo 19, 14 en el tercero, 4 en el cuarto, 6 en el quinto y otras tantas en el último; es decir, un total de 81, que unidas á las 42 que por la tarde se descolgaron, dan la bonita suma de 123. Al siguiente día salimos al monte, temiendo que se nos aguara la fiesta, porque el cielo hallábase cubierto de nubes de pésimo cariz, y así ocurrió, en efecto, pues á las diez de la mañana, y cuando no llevábamos cazando más que dos horas, comenzó á llover y ya no se hizo cosa de provecho.

Dimos, sin embargo, cinco ojeos á los conejos y cobramos 89 de aquellos roedores, número inferior al que nosotros suponíamos, pero con el cual tuvimos que conformarnos en la excursión, pues por la tarde se formalizó la lluvia y hubimos de despedir á los ojea-

dores, para regresar á la casa y permanecer hasta la hora de cenar charlando y haciendo pronósticos de lo que al otro día había de sucedernos.

Y lo que nos sucedió fué que las nubes abrieron todos sus grifos desde el amanecer, y no hubo otro remedio que esperar la llegada del coche que nos condujera á Guadalajara, metidos en la casa y renegando de nuestra mala suerte.

Pero como todos los que formamos la Sociedad somos impenitentes aficionados, ya estamos pensando en tomarnos el desquite en la segunda cacería, y, al efecto, no separamos la vista del barómetro, que, dicho sea de paso, está poniéndose bastante molesto, para aprovechar la primera subida que advirtamos.

Aunque después baje bruscamente y tengamos que estar contando cuentos toda una tarde en la casa del vedado.

Ó cazar con impermeable y chanclos de goma.

UN CAZADOR NOVEL.



NUESTROS CONCURSOS DE TIRO

El próximo día 6 de los corrientes se inaugurarán los concursos de tiro con carabina de precisión en el local de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España (Bolsa, 10), que prometen estar muy concurridos, como todos los años.

Las condiciones están expuestas en Secretaría.

Se otorgarán ocho medallas, dos diplomas y tres premios especiales.

Este concurso ofrece una novedad y es que podrán tomar parte, en sección distinta, los niños de edad menor de quince años, á los que también se les concederán diplomas y medallas.





JUNTO Á LA HOGUERA

UN CUENTO DE ÁNIMAS

Apenas se cruza el río Henares, á la mitad de su curso, encontrará el viajero un vallecillo estrecho y largo, viejo cauce de aguas, en tiempos muy remotos, á juzgar por los estratos que desde el fondo se divisan en las colinas que lo encierran, como señales indelebiles del nivel que el elemento líquido alcanzó.

Los sedimentos de las aguas que pasaron han formado allí un suelo fecundo, que, al tibio calor del sol alcarreño, arroja pan y frutos que es una bendición de Dios, y se engalana con millones de flores saturadas de aroma, en las que las doradas y zumbonas abejas beben el néctar que han de llevar á la colmena, y que la mano del hombre llevará al mundo entero con la fama universal de nuestra Alcarria.

Como zagalas de ropaje blanco adormecidas en un ribazo por la paz y bonanza de aquellos lugares, á uno y otro lado del valle yacen recostadas, de trecho en trecho, sobre las laderas algunas aldeitas, en torno de cuyas torrecillas vuelan alegremente bandadas de pájaros y palomas.

Allá, hacia el centro de la vega, rodeado de huertos y alamedas que fecunda un riachue-

lo de cristalino y escaso caudal, álzase pardusco y sombrío un viejo monasterio que fué residencia de cartujos y hoy sólo es asilo de buhos y palomas, que buhos y palomas han, por ley natural, de vivir juntos. En un lado del ancho portalón, aprovechando el sitio en que los muros se conservan más fuertes, un labriego industrioso ha establecido algo que él llama una posada, y así hemos de creerlo, pues tiene techo y sirve de asilo á los caminantes. Detrás del edificio una gran brecha, abierta en el muro por el tiempo, da acceso á lo que fué iglesia y camposanto. La vista de este recinto hace pensar en las ruinas de los templos asiáticos, cuyas columnas han ido cayendo juntamente con los ideales que las sustentaron.

Aún quedan en las paredes inscripciones legibles, fragmentos de retablos; en las ojivas, pedazos de cristales de colores, y por el suelo, entre trozos de capiteles y columnas medio cubiertos por las ortigas que allí crecen con exuberancia tropical, yacen olvidados huesos amarillentos y cráneos humanos que la acción del tiempo aún no ha podido destruir.

Á la sazón, el suelo se ha cansado de producir y el cielo de dar luz. Es la noche del 2 de Noviembre y los primeros fríos han paralizado la vida de aquella región.

Tiene la noche de Difuntos un algo misterioso que flota en el ambiente; un algo que

hace á los hombres enmudecer y pensar. La tradición y la leyenda, en confusión desordenada, adquieren un dominio irresistible sobre la imaginación poco culta de los trabajadores del campo, y creen en brujas y en aparecidos, y un cuento bellissimo de Becker, llegado á sus manos por poder de la popularidad, es para ellos la historia de un suceso real que les aterroriza con el misterio caótico de lo ultraterreno.

En torno de la lumbre, como en otros años y en la misma noche, se han reunido en la cocina de la posada las familias de los hortelanos vecinos y los dueños del destartelado albergue á comer las gachas, según costumbre inveterada del país, y á pasar la velada de Difuntos entre oraciones y cuentos de aparecidos.

En torno de la lumbre, bien provista de



leña, sentados en blandos posones, están el tío Hilario, la señora Juliana, la Raimunda, la Petra, Perico, Juaneca, Vic-

torio el molinero y algunos más. La sartén de las gachas ha quedado vacía y la bota flácida acaba de dar la última vuelta por el corro. Uno de los temas de la rústica conversación ha sido agotado y todos callan.

Muy lejos, óyese el clamor melancólico de las campanas que en las aldeas vecinas doblan á muerto desde que anocheció hasta que venga el día. Da frío escucharlo. Más cerca, entre las ruinas del monasterio, óyese, como un quejido que saliera de una fosa, el maullido de un buho en los claustros, que se repite con isócrono intervalo. Todos piensan, callan y se abisman mirando las llamas del hogar. La señora Juliana rompe al fin el silencio.

—Amos á rezar un padre nuestro por las ánimas benditas. Padre nuestro...

Y un murmullo triste de oración fúnebre llena la cocina y se mezcla á los sonidos lejanos que vienen de fuera.

—¿Rezamos otro, madre?—dice Petra cuando terminan.

—No, hija, no, que la Raimunda y Juaneca son dos herejes que se están haciendo guiños mientras rezamos.

—¡Anda! Oye, tú, dice que nos hacemos guiños, Juaneca.

—Si es que le decía á ésta por lo bajo que le dijese al tío Hilario que nos contara un cuento de ánimas, de esos que sabe.

—No tendría que dir muy lejos pa buscar el cuento, que entre estas paredes lo hay; y no cuento, sino verdad y muy verdad, que los viejos lo saben.

—¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!—piden todos los concurrentes.

—¡Pero si toos lo habrís oído! ¿Quién no está corruto e saber cómo salieron los frailes de este convento?

—¡Amos! Cuentalousté, tío Hilario, que yo no llevo más que un año por acá, y no lo he oído nunca—dice Victorio.

—Pues allá va. Pero habís de callarse y dejarme contar. Hace ya muchísimos años... ¡Toma! ¡Como que aún no había yo entrao en quintas! Güeno, pues que andaban por esos cerros miles y miles de carlistas y de liberales y toos los días, tiro va y cañonazo viene, y muertos y guerra y sangre por toa esta tierra. ¡Qué sé yo! Pues que un día dieron en decir que los frailes escondían á los carlistas heridos y que tenían fusiles y municiones, y sin más ni más, que viene un regimiento y les registran la casa y encuentran que era verdad. Se armó... lo que tenía que pasar: que á unos los llevaron presos y á otros los dejaron con centinelas en la puerta grande.

Así pasaron días, y ya se iban olvidando las cosas, cuando...

—¡Juaneca! ¡Juaneca! No mires más á la Raimunda, hombre, que estoy hablando yo.

Güeno; pues ya se iban olvidando las cosas y habían retirao los centinelas, cuando un día aparecieron por la carretera una fila de carros cargados de húngaros... que hubo quien dijo que no eran húngaros; pero traiban osos y monas y componían calderos. Pues al llegar á la vega, orillita de la fuente del juncal, desengancharon los carros y allí se quedaron. Toos los chicos bajemos á ver los húngaros y los osos. ¡Qué sé yo! Pues pasó el día, nos subimos al pueblo y nos metimos en casa á comer las gachas, porque era tal noche como hoy. No me s'olvidará nunca. Ya habíamos cenao; serían las once y media de la noche, cuando sentimos en la vega tiros y voces y lamentos. Mi padre, que esté en glo-

ría y que nos estaba contando un cuento de brujas, salió á las eras y volvió too estreme-
ció á decir que el convento estaba ardiendo. Salimos toos y se ponía la carne de gallina de mirarlo. ¡Toito era una llama! Según que bajábamos hacia acá se vían unas sombras que corrían escapás por metá e la vega, que parecían ánimas talmente. Pues hijo, que bajemos y apaguemos el fuego, y al registrar el convento nos encontremos á toos los frailes degollaos, unos en los caustros y otros en la ilesia.

Dende entonces, toas las noches de Difuntos, toas sin faltar una, dende hace cincuenta años, pasa la pantasma, y al dar las once y media está en la ilesia arrodillá y dando unos gemíos que ponen los pelos de punta.

—¿Y es mu temerosa la pantasma, tío Hilario?

—¡Quíá! No se mete con naide. Es un viejo con barbas blancas mu grandes, que lleva un oso negro atao con una caena. Siempre viene encorvao, como si estuviera rendío... ¡Tomal Como que viene del otro mundo, llega rendío. Pues...

Y al llegar aquí la narración del tío Hilario óyense en el portón del convento dos aldabonazos que hacen estremecer de terror á los circunstantes. Sólo el tío Hilario no se inmuta y dice:

—Vitorio, sal á abrir el portón, que será un caminante.

Victorio sale; óyese el chirrido lastimero de los viejos herrajes de la puerta, y un momento después vuelve á entrar en la cocina, descompuesto, temblando de pavor.

—¡La pantasma!—dice al entrar.

Todos inician un movimiento de huida, pero ya es tarde. En la puerta de la cocina se destaca, sobre el fondo negro del exterior, la figura venerable y escuálida de un anciano. Su aspecto es sombrío, su mirada se extravía como la de un loco.

Sin previo saludo, con aire profético de predicación, empieza á hablar.

—Es la expiación un destello de la justicia infinita. Yo vivo en constante deslumbramiento de esa luz. El infinito existe; no lo dudéis. Aquí ó allá, en la tierra ó en el cielo, acaso en nosotros mismos, hay *infinito*. Sin él no habría inteligencia, sin él no habría vida, sin él no habría premio ni castigo. Mi presencia os asusta. ¡No temáis, buenas gentes... otros hubieron de temerme!...—y al decir esto, un ronco sollozo levanta su pecho.—No temáis; ni mi oso ni yo queremos hacer mal, y huímos de aquí. Vamos á buscar la expiación.

Y como entró, sin saludar vuelve la espalda, y entonces puede verse al oso enorme que le sigue en su marcha.

En la cocina nadie se mueve, todos están de pie, nadie habla.

Por fin, Juaneca, con acento medroso, rompe el silencio.

—Habla como un loco.

—Habla como un santo—añade la señora Juliana.

—Habla como un ánima en pena—dice el tío Hilario.

Entonces vuelve á reinar silencio, durante el cual las miradas de los hombres, cruzándose, hacen una pregunta muda que quiere decir: «¿Quién sale á cerrar la puerta?» Pero nadie se mueve. Todavía siguen dominados por un terror supersticioso que les inmoviliza.

Unos momentos después, nuevos ruidos que vienen de fuera aumentan su miedo; pero recobran el movimiento al no sentir la influencia de la proximidad.

—¿No oís pasos por los caustros d'arriba?—dice el tío Hilario.

Y todos, con paso tímido, van avanzando desde la cocina al portal y del portal al patio grande del convento. Desde allí se ven las galerías de los claustros altos, donde nadie ha osado poner los pies hace más de veinte años por temor á un hundimiento. Á la luz de la luna, que baña suavemente el interior, se ve avanzar lentamente la encorvada silueta del viejo, y detrás la del oso que le sigue en dirección de la torre situada en un ángulo. Todos miran consternados y callan. La luz de la luna, llegando de frente al campanario, dibuja la cruz y la veleta, y más abajo la campana, cuya vibración nadie ha escuchado desde hace tantos años.

—¿Dónde irá!—dicen unos.

—¿Dónde irá!—se preguntan los demás.

Las siluetas desaparecen en la torre. Ya no se ve nada. Todos esperan aterrados el desenlace de aquel misterio.

De pronto una voz penetrante rasga el silencio de la noche desde la altura.—¡La expiación!—dice la voz, y acaba la frase con una satánica carcajada que hiela la sangre. Después, como acompañamiento de aquella alegría extraña, la campana, girando en sus goznes enmohecidos, voltea á descompás; un rugido del oso completa el macabro concierto, y la figura del viejo, que se desprende á lo largo de la fachada de la torre, ahuyenta en su camino á los buhos y palomas que dormían, y queda colgando en el aire, pendiente de la cuerda que movió la campana. La luna

baña el último gesto de muerte del suicida, y los aterrados campesinos corren á ocultar su terror en los caseríos inmediatos al convento maldito. Al día siguiente contarán que han visto matarse á la *pantasma*. Al año que viene tendrá un episodio más la historia vieja del convento.

GUILLERMO J. ATHY

(Prohibida la reproducción.)

La higiene y el perro

Voy á ocuparme de un asunto que lo considero de verdadero interés para los que poseen perros de caza ó de lujo.

He observado que muchas personas demuestran el cariño á su perro besándole en el hocico ó en la cabeza, demostración de afecto que el perro devuelve á su amo en la misma forma, lamiéndole la cara y la boca, y he observado también que les dan los alimentos en los mismos platos que sirvieron en la mesa de sus dueños.

Recuerdo haber conocido á dos cazadores enfermos por contagio de sus perros, y al inquirir la causa de la dolencia un médico, mi amigo, me dijo: «La tenia (*Tenia serrata*, *cœnura*, ó *tenia cysticerqua*) se alberga en los intestinos del perro y se transmite á la persona por dejarse lamer del perro, por lamer los platos ó por beber de la misma agua, y lo mismo ocurre con otros gusanos vesiculares que se adaptan á la cara interna del estómago ó de los intestinos.

»Esto aparte de las diversas enfermedades en la piel, que el perro transmite á su amo.»

El perro debe tener una habitación aislada del resto de la vivienda, y usar cazuelas especiales para la comida y para el agua, destinadas sólo para ese objeto, así como un cubo para fregarlas á diario.

Algunos tomarán á beneficio de inventario lo que dejo dicho, pero no lo siento tanto por ellos como por los niños, víctimas de la despreocupación de sus padres ó criados.

Si no fuese bastante lo que dejo expuesto, sería suficiente al observar la busca que hace el perro de cuantas porquerías ó inmundicias encuentra para ingerírselas, llevando siempre el hocico impregnado de sustancias nocivas. Toda persona pulcra, que se aprecie á sí mismo, debe distanciar de sí al perro, por

cariño que le tenga, sin dejar por ello de atenderle como corresponde.

Desgraciadamente, los que no disponemos de casa sobrada de habitaciones, el perro suele estar *en familia*, aunque por lo que á mí atañe siempre he procurado tener en mi domicilio una habitación que titulo *el cuarto del perro*; y al entrar en este cuarto por las mañanas, á pesar de la mucha limpieza que se tenga, se nota cierto olor molesto é indiscutiblemente malsano, lleno de bacilos ó microbios que, al tener el perro en libertad por las habitaciones, los absorbe la familia, sobre todo los niños, dados á jugar con los animales domésticos, y á veces se contraen padecimientos cuya procedencia se ignora.

El cuarto del perro debe ser ventilado y en él se colocará para lecho, en verano, dos esterillas de paja, para que la que usó un día quede en sitio á propósito, ventilándose para alternar con la otra en el siguiente.

En invierno se les colocará una espuerta de esparto, tan grande como requiera el tamaño del perro; ésta espuerta ha de estar vuelta del revés, para que el remate del esparto no les moleste. Al llegar los meses fríos se añadirá á este echadero, colocándolo dentro de la espuerta, un felpudo de forma redonda, el que se repondrá diariamente, alternándolo con otro, en la forma que se hace con las esterillas en tiempo de calor. De esta manera y cuidando no alimentarle con grasas y golosinas, la fetidez del perro se aminora notablemente, sin peligro para sus amos y sin que el animal adquiera enfermedades contagiosas.

Al que no sea cazador le aconsejo que no tenga perros en las habitaciones donde tenga que vivir, y de tenerlos, me atrevo á aconsejarles que realice por sí las observaciones que dejo apuntadas y que la práctica me ha enseñado, y se convencerá de lo nocivo que es para la salud convivir con el perro, sin tener en cuenta estas reglas de higiene.

J. MORALES DE PERALTA

A impulsos de la afición ó un duelo á la americana.

Existen personas flemáticas de suyo, que no se inmutan por nada ni retroceden ante el mayor peligro y miran la existencia de una

manera estoica y fría, sin el menor asomo de sobresaltos y amarguras.

A esta cuerda de seres afortunados pertenecía D. Aristides Calderilla, quien solía concurrir con la mayor asiduidad á la tertulia que en un café de esta corte formaban varios aficionados á la caza.

Entre los contertulios de Calderilla se encontraba D. Ramón de Capuchinas, que, en cuanto á carácter, era el reverso de la medalla del bueno de D. Aristides.

El Sr. de Capuchinas era impulsivo, nervioso, inquieto y de un espíritu de acometividad tan grande que por la cuestión más baladí armaba una disputa y estaba dispuesto á *mascar los higados* á quien le llevase la contraria.

Fué guerrillero de los movilizados cuando la guerra de Cuba y constantemente hacía alarde de su desprecio á la vida en aquellas regiones tropicales, donde luchó temerariamente y donde consiguió diferentes y honrosas recompensas.

Asimismo formaba parte de aquel *corrillo* de aficionados á la caza un bizarro y pundonoroso coronel retirado de Caballería, entusiasta por las cuestiones de honor, á cuyo estudio había dedicado lo mejor de su vida, y nunca omitía su presencia como juez de campo en las más peliagudas cuestiones personales.

Estos tres caballeros eran los que animaban la reunión. D. Aristides relataba sus aventuras cinegéticas, pausadamente, sin omitir detalle. D. Ramón le llevaba la contraria con ademanes y voces que á veces traspasaban los límites de la educación, y el coronel retirado intervenía prudentemente y dirimía la contienda. El resto de los tertulianos permanecía impassible, como mero espectador.

Cierta día, el Sr. Calderilla entró en el café orgulloso y satisfecho, y al preguntarle sus compañeros la causa de su ausencia en los dos ó tres días anteriores, tomó la palabra y dijo:

—Señores, por fin realicé el ensueño de mi vida: he dado muerte á un oso, durante una feliz excursión que motivó mi ausencia...

—¿Cómo?...—interpeló receloso D. Ramón,

—De un certero balazo en el codillo.

—¿Dónde?

—Ya lo dije, en el codillo.

—No, no es esto; quiero decir en qué terreno.

—En los pinares de San Rafael, á unos cuantos kilómetros de Madrid.

—No es posible. Eso es mentira—repuso D. Ramón.

—Yo no miento nunca, señor de Capuchinas.

—Bueno, si usted no miente nunca, en esta ocasión falta usted á la verdad.

—Puedo comprobarlo.

—Jamás; en la sierra del Guadarrama no habitan osos.

—Pues yo lo he muerto.

—Insisto en que no es cierto, y no puedo tolerar que estos señores *se las traguen como puños*.

—Repórtense, caballeros—dijo el coronel interviniendo.—Por aquellas carreteras circulan los húngaros en determinadas temporadas, y bien pudiera ser...

—Nada de eso—interrumpió Calderilla.—Mi oso era salvaje, según pude comprobar.

—Repito que eso es mentira—alegó, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa, el irascible D. Ramón.

—No trato de discutir con usted, ni soy amante de cuestiones; pero si usted se empeña, iremos á San Rafael, daremos una batida y si encontramos al compañero de mi víctima, sobre el que no pude disparar, perderá usted el almuerzo para todos los aquí congregados.

—Sea.

—Manos á la obra. Mañana, en el primer tren, saldremos de Madrid en compañía del coronel y de cuantos gusten acompañarnos.

—Hasta mañana.

Disolvióse la reunión y *cada mochuelo á su olivo*.

* * *

Estamos en plena sierra entre espesos pinares y abruptas montañas.

Sobre un cerrete contemplan el admirable panorama que forman los nevados picos de las montañas D. Ramón de Capuchinas, D. Aristides Calderilla y dos de los contertulios del café, acompañados y dirigidos por el militar retirado para juzgar de aquellos hechos en procedimiento sumarísimo y fallar en pro ó en contra, según las circunstancias del caso.

Los expedicionarios se pusieron en marcha bajo las órdenes de D. Aristides, jefe de la expedición, que los encaminaba hacia el lugar donde el fugitivo oso tenía, según él, la guarida.

Trepan aquellas pendientes montañas, discurren por entre los espesos pinares abriéndose paso entre los helechos de extensas y elevadas hojas, y por fin llegan al lugar que D. Aristides designaba como guarida.

Era una medrosa y oscura concavidad que

formaba con otra una granítica y descomunal peña que se elevaba por encima de las copas de los pinos.

Hubo un momento de indecisión. Nadie se atrevía á penetrar en aquella caverna. Por fin, D. Ramón, con ese desprecio á la vida que hizo



bien patente en nuestras guerras coloniales, encendió una cerilla y entró en la guarida armado de un grueso y resistente cuchillo.

Los expedicionarios permanecían en actitud expectante. El silencio era sepulcral, de vez en cuando interrumpido por soeces interjecciones del temerario D. Ramón, cuya voz iba poco á poco apagándose, según ganaba terreno dentro de aquella concavidad.

La duda cundió entre los que fuera esperaban; temían por la suerte de su intrépido compañero, quien al poco rato salió con una comadreja á la que partió el cráneo de una cuchillada.

Al primero que encontró cerca de la caverna fué á D. Aristides, á quien propinó una fuerte y sonora bofetada que le hizo perder el equilibrio y dos ó tres muelas postizas que llevaba en la mandíbula superior, según se abre la boca á mano derecha.

—Es usted un miserable—dijo D. Ramón al tiempo de golpearle.—Ésta es una broma pesada que no pienso tolerar... ¡Armas!... ¡Sitio!... ¡Hora!... Quiero vengar tamaña burla...

D. Aristides se repuso, y á pesar de su pacífico carácter intentó repeler la agresión, cosa que evitaron sus compañeros sujetándole fuertemente.

—¡Armas!... ¡Sitio!... ¡Hora!...—rugía don Ramón.

—Pues acepto. Si señor que acepto. ¡Armas!... ¡Sitio!... ¡Hora!...—repetía D. Aristides perdiendo su habitual sangre fría.

—¡Aquí mismo!

—¡Como usted quiera!

En esto intervino el coronel tratando de impedir el lance, aunque en su fuero interno lo deseaba, pues el honor sólo debe lavarse con sangre.

—¡Es inútil!—dijo fuera de sí D. Ramón.

—Para que vea usted que no le tengo miedo, podemos reparar la ofensa sobre el terreno. Á la americana.

—Bueno, puesto que ustedes se empeñan—dijo el coronel,—pueden realizarlo en esa forma. Estos dos señores pueden ser testigos. Les vendarán los ojos, les colocarán á ustedes en sitios opuestos dentro de este bosque de pinos, y á una señal convenida les quitarán la venda y ustedes se buscarán y el que encuentre á su enemigo, después de descubrirlo como quien persigue á una liebre, disparará sobre él los dos tiros de su escopeta...

Una vez colocados los dos contendientes en sus puestos, los dos testigos fueron á reunirse con el coronel y desde un elevado cerro esperaron los acontecimientos.



El coronel dió un punto de bocina, señal convenida para que los duelistas abandonaran el puesto donde quedaran colocados.

Los minutos transcurrían con desesperante lentitud. El juez de campo y los testigos contenían la respiración para percibir los disparos y acudir en auxilio de la víctima.

De pronto quedaron como petrificados: dos

tiros secos rodaron por aquellas montañas con macabro sonido. ¿Quién sería la víctima?

El coronel y sus compañeros se dirigieron presurosos al lugar de donde partieron los disparos, y vieron á D. Aristides correr como un loco y desaparecer por detrás de unos peñascos.

—¡Pobre D. Ramón!—exclamaron contritos el juez y los testigos.

En aquel momento apareció D. Aristides sobre uno de los peñascos, presentando asidas por la cabeza á los estupefactos compañeros dos hermosas perdices.

—¡Soberbio doblete!—dijo Calderilla sin poder reprimir su emoción y olvidándose del triste fin que le tenían reservado.

En aquel preciso instante apareció D. Ramón, atraído por los disparos, y al ver á su contrincante entre el juez y los testigos no se atrevió á disparar; le perdonó la vida y allí mismo se reconcilió con él.

D. Aristides no había podido contener sus instintos cinegéticos, y olvidando rencores y rencillas disparó sobre un bando de perdices que arrancaron el vuelo cuando trataba de vengar la grosera ofensa que en su honor y en su carrillo, con desperfectos en la dentadura, le había inferido el irascible guerrillero de Ultramar.

M. MORALES

NOTICIAS

Legislación de caza, pesca y uso de armas. Obra editada por el capitán de la Guardia civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

★

Nuestro querido compañero de Asociación y notable tirador á bala D. Luis Pérez se encuentra en Biarritz, desde donde nos ha enviado un cariñoso saludo que agradecemos con toda el alma.

★

Ha dejado de colaborar en esta revista el fotógrafo D. Gerardo Gombau.



CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea é inserción es de 75 céntimos.

★

Se facilitan acciones de un vedado de caza próximo á Madrid, con abundancia de perdices, liebres y conejos.

Para más detalles, Hortaleza, 128, 3.º, señor Vegas.

★

Se arrienda la pesca de la «laguna del Taray», 200 hectáreas de superficie, á cinco kilómetros de la estación de Quero (líneas de Andalucía y Valencia). Para más detalles diríjanse al señor Marqués de Gallegos, Toledo.



Consultorio jurídico de "Caza y Pesca,,

Consulta.

¿Puede un guarda particular jurado dar muerte á un reclamo de perdiz que no tiene licencia, en un término municipal distinto al que pertenece la finca que custodia?

Resolución.

Sí, señor; los guardas jurados, sean ó no particulares, pueden dar muerte á un reclamo de perdiz que circula sin licencia, pues á ello les autoriza el art. 19, en relación con el 31, de nuestra vigente ley de Caza.

Consulta.

En una comarca del Norte, donde existen caseríos diseminados y que no distan unos de otros un kilómetro, ¿se puede disparar la escopeta, en condiciones que no pueda alcanzar el disparo á ninguna de las edificaciones?—H. G. N.

Resolución.

No se podrá cazar con armas de fuego sino á la distancia de un kilómetro de poblado, contada desde la última casa de la población, según previenen los artículos 23 de la ley de Caza y 41 del Reglamento y la sentencia de 17 de Marzo de 1906, *Gaceta* del 3 de Diciembre del mismo año.



FOOT-BALL

En provincias.

En Irún.

La inauguración de la temporada en esta hermosa villa tuvo lugar el día 24, entre las Sociedades «Irún Sporting Club» y «Real Sociedad de San Sebastián». Los equipos estaban formados del modo siguiente:

I. S. C. Gonsalvo.—Ramos, Múgica.—Estomba, Ugarte, Larranaga.—Angoso, P. Múgica, Angoso A. (cap.), Alsaga, Goñi.

R. S. de S. S. Elizaguirre.—Losada, Mercader.—Maestre, Carraspuedo, Casamayor.—Leclerg, Oliván, González, Alonso, Elósegui (cap.).

La victoria fué para el **I. S. C.** por cuatro á uno; la lucha fué reñida, pero el entrenamiento del equipo irunés pudo con la Real Sociedad.

Del Irún se distinguieron los hermanos Angoso, Múgica, Ugarte y Larrañaga, y de la Real Sociedad Carraspuedo, Elósegui y Losada.

En Madrid.

El domingo 22 de Octubre se celebró en el campo del «Madrid» un encuentro entre los primeros equipos de «Madrid» y «Athletic».

El «Madrid» lo formaban:

Clavet.—Losada, Castañeda.—Menéndez, Machimbarrena, López.—Garrido, Linaac, Chulilla, Irigoyen, Aranguren.

«Athletic»: Axpe.—Allende, Pérez.—Zuloaga, Arango, Mandiola.—Elorduy, Belaunde, Linase, Roteta, Smith.

La línea de ataque del «Athletic» empezó jugando Elorduy de interior izquierda y Linaac de exterior derecha: al empezar falta del de «Madrid» López, que llegó á los pocos momentos de empezar.

El partido promete ser interesante, porque los dos equipos presentan lo mejorcito que tienen en casa, á excepción del «Madrid», pues Saurase encuentra lesionado y no puede jugar. Los delanteros del «Athletic» llegan varias veces hasta la misma puerta del «Madrid», y Belaunde y Roteta por precipitados desperdician dos goals para su equipo. Menéndez, del «Madrid», tira desde su puesto un tanto que el portero del «Athletic» (exterior derecha del segundo equipo) para con gran vista. López repite lo mismo que su compañero, y al ir á pararla el portero, uno de sus compañeros le grita que va fuera y el balón penetra tranquilamente en la red. El «Athletic», siempre dominando,

trata de empatar, pero los defensas del «Madrid», sobre todo los medios, sujetan bien estas peligrosas arrancadas.

El segundo tiempo empezó reformando los equipos sus líneas de ataque. Elorduy pasa á exterior derecha y Linaac á centro, y del «Madrid» Chulilla á interior izquierda é Irigoyen á interior derecha. El «Athletic» hace titánicos esfuerzos por empatar; al querer coger Elorduy una pelota que viene de su defensa, entra sobre Castañeda, el cual, al ver la velocidad que trae, se separa. Losada acude corriendo á deshacer la pifa del compañero, y entonces Elorduy y Losada chocan á toda marcha y los dos van al suelo. Losada se levanta ágil, pero Elorduy permanece sentado; sus compañeros le recogen, y acompañados por todo el «Madrid» y «Athletic» y numeroso público, le conducen á la casa de socorro, donde nos dan la triste noticia de que sufre la fractura de una clavícula. Conducido á su domicilio fué visitadísimo, prohibiendo la Directiva de su Club las visitas, en bien del enfermo.

A raíz del accidente se suspendió el partido, pero no por lo que afirma un colega de provincias, pues el «Athletic» no se retiró del campo, sino que, por unánime impulso, los socios de uno y otro equipo corrieron á auxiliar al compañero herido, á cuya caritativa obra no faltó ninguno de los simpáticos equipiers del «Madrid».

Conste así, como rectificación de la noticia equivocada inserta en el periódico antes aludido y de los comentarios no muy piadosos que á propósito de ella, y en ofensa injusta de los del «Athletic», oy á varios footballistas que seguramente no habían presenciado el partido, suspendido por humanitarios sentimientos.

Domingo 29.—«Gimnástica» contra «Madrid».

«Gimnástica»: Pola.—Rivera, Roca Alvarez.—Morales, Quintana, Saonza.—Kindelán, Bourbón, Guzmán, Morales, Espinosa.

«Madrid»: Linney.—Dieste, Garrido.—Leunell, Menéndez, López.—Escobar, Higuera, Vaeker, Chulilla.

La victoria material, como si dijéramos, fué para «Gimnástica» por tres á cero; pero la victoria moral para el «Madrid», pues en la primera parte, aunque la «Gimnástica» tenía el viento á favor, dominó bastante rato y puso la portería en grave aprieto. Los héroes del «Madrid», Vaeker y López; este último ha ganado mucho desde el año pasado. De la «Gimnástica», Espinosa y los hermanos Morales; el pequeño debutaba en primeros equipos y fué un triunfo completo.

